

Son muchos los católicos en Chile que sienten la vergüenza de ser miembros de la Iglesia. Mezclada va también la decepción, la rabia y sobre todo el desconcierto. Han caído las antiguas referencias y confianzas en la Iglesia, en sus mecanismos y proceder, pero sobre todo en muchos de sus "pastores". Le escribo a estos católicos que buscan encontrar a Dios en medio de estos acontecimientos.

El caso Karadima parece no detenerse. Las últimas declaraciones de James Hamilton han causado dolor y rabia. Una densa sombra de dudas y desconfianza se cierne sobre varios obispos y sacerdotes que durante años han sido formados por Karadima en el clero chileno. La más inquietante de las desconfianzas es la que ahora tenemos en los modos de proceder de la Iglesia jerárquica y de grupos de poder e influencia dentro de ella. ¿Cómo esto llegó a suceder... por qué no se hizo nada para remediarlo; por qué no se actuó antes? Acaso nadie sabía? Etc. Etc.

No sabemos en qué terminará todo esto. Queda por ahora esclarecer las acusaciones graves contra el dimisionario Arzobispo de Santiago, Mons. Errázuriz. Queda por establecer el grado de responsabilidad de los sacerdotes pertenecientes al círculo estrecho de Karadima y la pía sociedad que fundó. Finalmente, queda por dar signos concretos de los cambios exigidos en la Parroquia del Sagrado Corazón en Providencia y en los modos de proceder de la Iglesia que se han mostrados contrarios al Evangelio.

La Justicia ordinaria irá dando luces hasta el fondo del asunto sin la sospecha de encubrimiento ni beneplácito hacia los acusados; acogiendo las justas demandas de los acusadores y presentando a la opinión pública su sentencia resolutive. Todo esto, sin duda, ayudará a la Iglesia de Chile, y a cada cristiano, a conocer con claridad los hechos y a calibrar los juicios que se hagan. Ayudará, sobre todo, a discernir la voz del Señor. Porque, en medio de estos dolorosos acontecimientos, tambalean nuestras certezas y nos sentimos tentados a construirnos una tienda propia que cobije nuestra debilitada fe y esperanza; tentados a abandonar nuestras comunidades que no logran explicar y responder a nuestras perplejidades y rabias. Así, aparecen preguntas que se condensan en nuestra conciencia: ¿será tan necesaria la Iglesia para ser cristiano? Es posible seguir a Jesucristo sin ser parte de la Iglesia católica? Qué tan fundamental es para el católico creer en la Iglesia.... Qué decimos cuando afirmamos creer en la Santa Iglesia Católica"... qué pasa con mi credo cuando no es Jesucristo sino la Iglesia la que me dificulta creer?

El segundo domingo de cuaresma, camino de purificación de nuestro bautismo, proclamamos el evangelio de la Transfiguración del Señor. Jesús prepara a sus discípulos para hablar de esa visión una vez resucitado. El cristiano maduro ha de ser esencialmente un místico. Uno que sea capaz de ver en el espesor de lo humano, la palpitante realidad de la Gloria a la que estamos llamados. (Rom 8,30) Es la fe en Jesucristo la que nos transfigura la mirada y nos permite ver, en la opaca realidad, como se abre paso lo que en la fe esperamos. Es con los ojos de la fe que miramos al próximo; con ellos miramos nuestro pasado y también nuestro futuro. Con esa misma mirada de fe miramos también la realidad de la Iglesia. No nos enceguece la gloria que esperamos, tampoco nos escandaliza la realidad que vemos; nos duele profundamente pero no nos hace perder la esperanza.

Y por qué?... porque ponemos nuestra esperanza en la fuerza de Dios y no de los hombres. La salvación misma no es iniciativa ni obra del hombre sino de Dios. Es Dios mismo el que lleva adelante la historia. El hombre participa respondiendo a su llamado. La Iglesia no es obra humana, es obra de Dios. Él la lleva adelante, y el bautizado se opone, se resiste o coopera con su acción al Plan de Dios Padre manifestado en su Hijo y actuado por la fuerza del Espíritu. Es cierto, hemos entrado a la Iglesia por el testimonio de hombres y mujeres de fe; la misma fe se nos ha transmitido por personas, que como los camilleros del paralítico del Evangelio, nos han puesto delante de Jesús. Hemos aprendido a rezar y a conocer a Jesucristo confiado en la Palabra y el ejemplo de los nuestros; padres, hermanos y amigos... colegio, parroquia, comunidad. Cuando uno de ellos, uno de mis camilleros falla o cae, algo en nosotros tambalea también. Lógico. Pero cuando ya hemos conocido a Jesucristo no nos quedamos en la Iglesia por amor a los hombres sino por amor a Jesucristo. Es a Jesús a quien respondemos personalmente. No ponemos nuestra fe en el testimonio de los hombres sino que le creemos a Él. Es en su Palabra que ponemos nuestra fe y esperanza.

Desde los mismos inicios de la Iglesia, la comunión de todos los bautizados, hemos experimentado, en diferentes formas, la expresión del pecado en nuestras vidas. Los cristianos no estamos exentos ni de la tentación ni de la caída. Y en cada período histórico en que el pecado se ha enquistado en las estructuras y modos de vida de los cristianos, no le ha faltado a la Iglesia la soberana acción del Espíritu Santo en medio de ella "llevando a plenitud su obra en el mundo". (M.R. Prefacio canon IV) La Iglesia conoce en su historia la renovación, la primavera, precisamente cuando parecía morir; conoce la comunión y firmeza de la esperanza justo cuando daba otoñales signos de muerte y se vaciaban sus iglesias o se alejaban los que otrora la repletaban.

Para quienes participamos de la Espiritualidad Ignaciana, estos tiempos nos acercan a la fuente original de nuestro carisma. El Espíritu suscita a Ignacio en tiempos turbulentos, en tiempos de división y escándalos, tal vez tan duros como los actuales y aún más. Ignacio conoció la desesperanza de muchos en una cultura católica y con una Iglesia de estructuras poderosas, económica, política y socialmente. Vio derrumbarse la unidad de la Iglesia y trabarse en sangrientas luchas intestinas. El converso de Loyola, el vasco estudiante en París, fue perseguido y encarcelado varias veces por la Inquisición. Aún así no abandonó esa concreta Iglesia que le tocó vivir como lo hizo su contemporáneo Lutero y tantos otros. En Ignacio esto no fue una táctica política, ni un compromiso social, ni un rigorismo ético; fue la consecuencia de su experiencia de fe en Jesucristo.

A su llegada a Roma, pocos kilómetros antes de entrar en la Ciudad papal, donde muchos aseguraban, ya entonces, que se perdía la fe, movido por su devoción entra a rezar a una capillita al borde del camino; es la experiencia de La Visión de la Storta.

*"... Y estando un día, algunas millas antes de llegar a Roma, en una iglesia, y haciendo oración, sintió tal mutación en su alma y vió tan claramente que Dios Padre le ponía con Cristo. su Hijo,." Dirigiéndose luego a Jesucristo, que se muestra cargado con la cruz, el Eterno Padre le dice señalando a Ignacio: "Quiero que recibas a éste por tu servidor", a lo que Jesús responde, mirando a Ignacio: "Quiero que tú nos sirvas".*

Esta es la respuesta de la Trinidad divina ante la insistente petición de Ignacio, por intercesión de María, para que le pusiera con su Hijo. Y fue tan fuerte esta experiencia de Ignacio que agrega en la Autobiografía:

*"...que no tendría ánimo para dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo..."*

Sin sombra de dudas en Ignacio, "servir a Jesucristo" a favor de las almas se traduce, en las Constituciones de la Compañía, en "servir a la Iglesia sub Romano Pontífice". El servir a Jesucristo es servir a la Iglesia en la defensa y propagación de la fe... y la justicia que la misma fe exige. Para Ignacio, todo el que entra en la Compañía debe estar aparejado en "...servir a sola su divina Majestad, y a su esposa la Santa Iglesia, so el romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra". Porque es el mismo Espíritu de Cristo el que anima y guía a la Iglesia que es nuestra madre.

Tal vez sea esta, precisamente, la experiencia fundamental que hoy todo ignaciano debe renovar y afianzar: No se trata que la Iglesia me sirva a mí; se trata que yo sirva a Jesucristo en y con la Iglesia. Y lo mismo que Ignacio, no por cálculo político ni social, ni mucho menos económico, sino por haber hecho la profunda experiencia del llamado que Cristo nos hace a todos y cada uno en la meditación del Rey Eternal de los Ejercicios:

*"...y delante dél todo el universo mundo, al qual y a cada uno en particular llama y dice: Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo, ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria."*

Y al fin de cuentas esto es lo que importa y lo que permanece: nuestra respuesta a Jesucristo y a su Esposa la Iglesia. Hoy la Iglesia necesita cristianos que escuchen el llamado de Jesucristo a seguirlo en la pena y en la gloria; a seguirlo según su voluntad para la redención del mundo. Hoy es urgente que tengamos en el corazón y los labios la oración de petición que Ignacio nos pide que hagamos al Señor en los Ejercicios:

*" El 2: demandar la gracia que quiero; será aquí pedir gracia a nuestro Señor para que no sea sordo a su llamamiento, mas presto y diligente para cumplir su santísima voluntad".*

Si en nuestro actuar nos mueve el Espíritu de Cristo, este no nos llevará sino a la Iglesia, la Esposa. Ella "es el proyecto visible del amor de Dios hacia la humanidad"(Paulo VI). No se puede tener a Dios por Padre si no se tiene a la Iglesia por Madre, pues de ella recibimos vida de la fe en Jesucristo, por el agua y el Espíritu.

«He ahí el Cristo total, cabeza y cuerpo, uno solo formado de muchos [...] Sea la cabeza la que hable, sean los miembros, es Cristo el que habla. Habla en el papel de cabeza [*ex persona capitis*] o en el de cuerpo [*ex persona corporis*]. Según lo que está escrito: "Y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia."(*Ef* 5,31-32) Y el Señor mismo en el evangelio dice: "De manera que ya no son dos sino una sola carne" (*Mt* 19,6). Como lo habéis visto bien, hay en efecto dos personas diferentes y, no obstante, no forman más que una en el abrazo conyugal ... Como cabeza él se llama "esposo" y como cuerpo "esposa" (San Agustín, *Enarratio in Psalmum* 74, 4: PL 36, 948-949).

Todos los bautizados pertenecemos a este misterio y somos habitados por El. Ciertamente son tiempos difíciles pero también son desafiantes... tiempo de generoso amor. Es mucho el daño que hemos hecho. Hay mucho de qué arrepentirse y pedir perdón; hay mucho que enmendar. Abramos bien los ojos y agudicemos el oído. "... mira que estoy a la puerta y llamo...", dice el Señor. De nuestra atención a Él y de nuestra respuesta a su llamado dependerá la Iglesia que recojamos, vivamos y ofrezcamos a los hombres y mujeres que buscan a Dios como Padre de todos.

25 de marzo de 2011, en la fiesta de la Anunciación a María y Encarnación del Verbo.

Eduardo Ponce, sj.